



TODO EVOLUCIONA MENOS LA VANGUARDIA

Ignacio García May



*Todo evoluciona, menos la vanguardia*, advirtió René Clair, que había sido dadaísta y surrealista y sabía un poco de eso. Como para entonces ya le habían nombrado académico, y académico francés, que es algo muy serio, nadie le hizo ni caso. Lo que no dijo Clair, pero lo demostró Frances Stonor Saunders, es que, después de la II Guerra Mundial el arte de vanguardia se convirtió en la herramienta de propaganda favorita, y la más eficaz, del neoliberalismo. Lo cual no desautoriza a todos y cada uno de los artistas, individualmente, pero sí la noción de que el conjunto fue producto de la independencia ideológica, la libertad artística y la pureza conceptual. Dicho de otro modo, la superioridad moral de la que suelen hacer gala los miembros del gremio sólo por pertenecer a él carece de fundamento. Por supuesto, ésta es una idea que fastidia enormemente a mucha gente: el Gran Artista Moderno y Comprometido es, paradójicamente, la Obra Maestra del neoliberalismo, un beneficiado por el sistema (¡Individuos que pretenden hacer lo que les dé la gana sin más reglas que las propias pero exigiendo, al mismo tiempo, que el Estado les pague por ello!) que se hace pasar por rebelde social; un egoísta patológico que se ofende cuando son los demás quienes le demuestran su desinterés. Un publicitario de su propio ego que tiene pánico a someterse a sí mismo a las más elementales normas de la compraventa. El lugar natural de estos personajes es esa institución, contradictoria donde las haya, llamada Museo de Arte Moderno (o sus equivalentes en teatro); el espacio protegido, la reserva cultural donde el artista vivo hace todo lo posible por convertirse, cuanto antes, en artista *conservado*, o sea, muerto. Naturalmente, a los políticos les encantan estas instituciones. Todos ellos, a derechas y a izquierdas, aprendieron de Gramsci que quien controla la cultura controla el mundo; a las demás cosas que dijo

Gramsci tampoco les hicieron mucho caso, pero ésta en particular se les quedó grabada. Y en ello están, inaugurando instituciones artístico-funerarias mientras dejan morir las industrias del arte. Pero, como afirma uno de los personajes de la obra que presentamos: «¡qué más da!, lo importante es la huida hacia delante, la única forma de escapar a la decepción.» Afortunadamente, el autor de esta pieza, Javier Sahuquillo, es cualquier cosa menos decepcionante: se presenta como dramaturgo, director, historiador, palabrero, y kendoka, y doy fe de que es así en todos los casos. También doy fe de que es un escritor con personalidad: mano de acero en guante de terciopelo, como dijo Carlos V, o quizá Napoleón. (Nadie se pone de acuerdo en esto, pero seguro que Javi lo sabe). A un tío capaz de escribir «*escupa una bocanada de aire liberador, sea usted el Simón Bolívar de sus pulmones*» hay que tenerle muy en cuenta.